



SOLILOQUIOS
— *de* —
MNEMOSINE



El museo, de templo a gestor de conciencia



“Cuando llegamos a esa comunidad, Arenal, el cementerio estaba destruido de la bomba. Llegamos a Regadero, eso estaba prendidas las casas. Y de Río Ciego arrancamos a Villa Hermosa, de Villa Hermosa a Pava, de Pava a La Nueva y de La Nueva a Chintadó Medio; el muerto iba quedando atrás, uno no sabe quién murió, eso tiene que haber muerto vaca, marrano, gente, de todo. El que quedaba muerto quedaba atrás, uno ni sabe quién quedaba muerto, ni quién quedaba vivo”.

.....
Paulina Rivas Medina en Mamá Chocó, Diana Kuellar

Tradicionalmente, los museos no toman parte en los sucesos que se desarrollan contemporáneamente a su existencia. Desde su advenimiento como instituciones que transmiten y replican mensajes simbólico-patrióticos, éstos han concentrado su relato en la difusión de héroes y proezas nacionalistas, de tal manera que han logrado anular otras narrativas. No obstante hechos como la Segunda Guerra Mundial, los cambios experimentados por las Humanidades y las Ciencias Sociales y las alteraciones geopolíticas generadas a partir de la Guerra Fría y de su término, han propiciado la emergencia de los museos-memoriales. En el primero de los casos, porque el Holocausto y la explosión de la bomba atómica obligaron a plantearse una nueva forma de memorialización diferente a la que la precedía: de aquella de héroes, honores y valores nacionales representados en los memoriales de la Primera Guerra Mundial, a la de millones de civiles exterminados en la siguiente; en el segundo, porque se abrieron nuevas perspectivas para el estudio del pasado de tal manera que los denominados "museos de

historia" se nutrieron de nuevas fuentes, dando paso a nuevos procesos de musealización; y, por último, tanto la desintegración de las antiguas repúblicas socialistas y las consecutivas guerras civiles, como el fin de las dictaduras de derecha y la vuelta a la democracia, por citar algunos ejemplos, catalizaron procesos de memoria que contribuyeron a la consolidación de propuestas museológicas alternativas.

La relación entre el museo-memorial y la historia es estrecha, pues los memoriales efectivamente han resultado ser un nuevo tipo de museo de historia a razón de que permiten que se desarrollen, al interior de las sociedades, procesos originales de rememoración e interpretación histórica.

Queda por resolver ¿cuáles son las características que distinguen a un museo-memorial de un museo de historia tradicional? De momento, me haré cargo de algunos aspectos que definen la constitución de los memoriales, a saber: el trauma, los públicos, su rol en la búsqueda de verdad, justicia y reparación y la vinculación a temáticas contemporáneas,

así como de las consideraciones morales a las que se encuentra atada esta nueva tipología museológica. Veamos.

Sea cual fuere la ubicación geográfica, el año de su apertura y las temáticas que los memoriales abordan, hay un elemento común a todos ellos: las víctimas. Ellos son la manifestación más palpable del trauma que una sociedad ha experimentado; así, el museo-memorial se instala como un verdadero diván psiquiátrico que le permite a las víctimas la elaboración del duelo y la recordación de acontecimientos que hacen parte de su herencia social.

Estrechamente ligados a esta función social del memorial, se encuentran los públicos a los que éstos se dirigen. Si bien es cierto que las discusiones museológicas actuales sitúan a los visitantes como el eje rector de las labores que el museo impulsa, los memoriales merecen una mención especial, pues sus asistentes, al ser testigos de los *shocks* traumáticos, mantienen relaciones emocionales encontradas con dichos acontecimientos. En tanto testimonios vivos de aquellos sucesos, los dolientes-visitantes se constituyen también en parte de la narrativa del memorial, volviéndose un complemento no oficial de su discurso museográfico.

En cuanto al papel de los museos-memoriales en los procesos judiciales en búsqueda de la verdad, la justicia y la reparación, es preciso mencionar que éstos, a diferencia de los museos de historia tradicional (museos nacionales), develan situaciones en las que el Estado de Derecho ha sido violentado. Generalmente los museos-memoriales se asocian a comisio-



nes de derechos humanos y reconciliación, así como a asociaciones civiles y organismos no gubernamentales, cuya labor primordial está abocada, a reivindicar las narrativas alternas a la historia oficial. Sin duda, las consideraciones morales no son de exclusividad de los museos-memoriales, pues los museos de historia resultan dispositivos mediante los cuales se inculcan y refuerzan los principios patrióticos. No obstante, el tema es: ¿qué tipo de enseñanza moral y qué tipo de reflexiones se fomentan sobre la historia y el presente?. En este sentido, los museos-memoriales ondean la bandera de las tensiones del presente, con el propósito de fijar en el consciente social aquel recordado “nunca más”. De ahí las polémicas que despierran,

porque hablan desde el presente acerca de heridas que continúan abiertas.

En Colombia, la irrupción del museo-memorial responde a sucesos traumáticos, si bien perteneciente a contextos diferentes; una ilustración precisa del caso de Bojayá, Chocó, puede profundizar en el conocimiento de estas manifestaciones museales en el país.

Limitada por la carrera primera, por el edificio del Palacio Episcopal a la derecha, por el malecón de Quibdó (Chocó) a la izquierda y por el margen oriental del Atrato a sus espaldas, una capilla funge desde hace un par de años como memorial de las víctimas de distintos hechos de violencia ocurridos en la región; de columnas y pináculos tal como el edificio cen-

tral, desde los espacios de sus paredes y ventanas como verdaderos vitrales de vinilo, penden decenas de fotografías de personas civiles asesinadas por los grupos armados que asolan ese territorio; bajo el altar, un versículo de la Biblia: “Felices los que tienen hambre y sed de justicia” (Mateo 5:6), seguido del objetivo que el espacio vendría a cumplir: “En memoria de nuestras víctimas”.

Arrodillada a la izquierda de dicha área ritual, una fiel acongojada enciende las antorchas de esperanza en las que sus pequeñas velas mutan cuando asiste a este particular espacio sacro-memorial; con sus brazos en alto y aún postrada bajo la imagen humanizada de Cristo, sus cuencas estrujan unos ojos áridos que a

pesar de los caudales de desesperanza ya derramados, en ese lugar reverdecen, desahogando una vez más los sentimientos contenidos, acorralados por el deber que implica ser la cabeza de un hogar desmembrado.

Las primeras preguntas que asaltan a quien visita esta capilla tienen que ver con el vínculo que une la sacralidad cristiana con la memoria violenta de los hombres y quién impulsa este memorial; la respuesta debe indagarse en los principios que guían el accionar de la Diócesis de Quibdó*, los de la Doctrina Social de la Iglesia. Siendo así, no cuesta entender entonces la misión que ésta y sus pastorales se han impuesto, orientada a cimentar una cultura que aboga tanto por la valoración de los derechos humanos como por la solución de los conflictos a través de la vía pacífica. Además del memorial, la Diócesis cobija a la Comisión Vida, Justicia y Paz (COVIJUPA), cuyo fin es promover y defender los derechos humanos de las poblaciones mestizas, indígenas y negras víctimas del conflicto armado y la violencia política.

En resumen, la Diócesis es al mismo tiempo sostén y agente articulador de las tareas que el memorial y la Comisión desarrollan: en el primero de los casos, espacio para el recuerdo de las víctimas y la generación de una conciencia histórica, mientras que, en el segundo, el acompañamiento a las comunidades, a los familiares de las víctimas y la búsqueda de la verdad, la justicia y la reparación.

A modo de evidencia, los pies de foto individualizan a los martirizados, dando cuenta del

contexto en el que se les arrebató la vida: de entre las decenas de víctimas de la masacre de Bojayá, Freddy Chaverra Córdoba, quien nació y murió ese día en la Iglesia, J. Lina Martínez Palacios, de un día de vida, y Emiliano Palacios Asprilla, de 53 años; de los asesinados por otros rumbos, Magnolia Marulanda Carvajal, 14 años, reclutada con engaño por el ELN y asesinada unos meses después, Alexander Salas Romana, de 25 años, y así como sigue, una lista interminable de civiles ajusticiados por el brazo de las fuerzas de la muerte. ¿Por quién pide aquella fiel que aún permanece abatida ante los pies de Cristo? Quizá por su hija, quizá por su compañero de vida, quizá por todos, quizá por ella misma y por la soledad de la que ahora es una mártir. De lo que sí puedo tener la certeza es que esta mujer complementa la narrativa trágica de este memorial; así como los registros fotográficos, ella se vuelve parte de una puesta en escena museográfica cuyo mensaje es reforzado por su presencia doliente.

¿Puede no ser trauma la tragedia que asola al departamento del Chocó, y como a él, a los otros departamentos de Colombia?, ¿qué puede significar la capilla memorial para alguien que no ha sido parte de estos abusos y que no acusa sus heridas? Lo cierto es que para los testigos directos de las distintas masacres, este lugar significa el recuerdo del suceso experimentado, mientras que para los demás, deviene en un lugar de aprendizaje en el cual se adquirirán los nuevos conocimientos que al final de día devienen en los recuerdos que ilustrarán una historia que no ha de olvidarse. Precisamente,

a través de esta dinámica testigo-aprendiz se dan los primeros pasos para desmitificar la memoria (esa de sentido nacional) y volverla parte de la vida cotidiana de las personas; el hecho de confrontar las imágenes memoriales con sus propias subjetividades, permitirá que los distintos miembros de la sociedad asuman la responsabilidad cívica para que este tipo de hechos del pasado no vuelva trágicamente sobre sus espaldas.

* Pastoral Social de la Diócesis de Quibdó (2012), “Misión, Visión, Antecedentes Diócesis” <http://www.choco.org/>

Danilo Duarte

El aleteo de las alas de una mariposa en Mesoamérica fue el responsable del arribo del politólogo Danilo Duarte a la cálida Cali. Miembro de los Seminarios de Estética y Cultura del Departamento de Humanidades de la Universidad Icesi, comparte estas labores con la apuesta que significa llevar a la realidad proyectos de museografía comunitaria. Las reflexiones que presenta este texto encuentran su inspiración en las discusiones que se han desarrollado en el interior del Seminario de Cultura de dicho Departamento.